

EL PELIGRO OPORTUNISTA Y LA INTERNACIONAL

L'Unità, 30 de septiembre de 1925.

Creemos que es posible que la Internacional caiga en el oportunismo. Esperemos que esta posibilidad no se traduzca en certeza, o incluso en una mayor o menor probabilidad. Consideramos que es absurdo pensar que “cualquier” Internacional, ni siquiera la que siguiera nuestras propuestas, que son objeto de tanta ironía, tenga por una misteriosa virtud, gracias a unas supuestas garantías establecidas *a priori*, una especie de seguro especial contra el peligro de los desvíos oportunistas. Los antecedentes históricos más gloriosos y brillantes no suponen ninguna salvaguarda para ningún movimiento, y menos para un movimiento de vanguardia revolucionaria, frente a un posible revisionismo interno. Las garantías contra el oportunismo no se encuentran en el pasado, sino que deben estar presentes y vigentes en todo momento.

No creemos que esta preocupación por el peligro oportunista sea exagerada o inoportuna. Las críticas y el alarmismo, practicados como deporte, son ciertamente algo deplorable; pero dado que este tipo de críticas son, más que expresión concreta de que “algo que no marcha bien” o una intuición de las graves desviaciones que se van formando, puro producto de las elucubraciones de algunos militantes, es cierto que no son capaces de debilitar mínimamente al movimiento y se superan fácilmente. En cambio, el peligro es grandísimo si, como ha sucedido tantas veces, la enfermedad oportunista surge antes de que nadie, en ningún lugar, se haya atrevido a dar enérgicamente la señal de alarma. La crítica, si no hay error, no daña ni siquiera la milésima parte de lo que lo hace el error sin crítica.

Pensamos que la actitud y la mentalidad con la que se acogen las objeciones de la Izquierda italiana a las directrices adoptadas por los dirigentes de la Internacional contradicen extrañamente su negación de la existencia del peligro oportunista, que es lo que nos debe preocupar.

Se razona de este modo: la Izquierda dice que la Internacional se equivoca. La Internacional no puede equivocarse; por tanto la Izquierda no tiene razón. Para los buenos marxistas no filisteos, que ni son bonzos ni que queman a lo bonzo, la cuestión se plantearía así: la Izquierda dice que la Internacional se equivoca. Por las razones A, B o C, inherentes al problema en cuestión, se demuestra que es la Izquierda la que está en un error. Esto prueba una vez más que la Internacional no ha cometido errores y que va por el buen camino.

En cambio, ninguno de los que supuestamente defiende a capa y espada a la Internacional, a la que sistemáticamente confunden con su Comité dirigente, se esfuerza en hacer esta aportación positiva y activa a la elaboración de las directrices cuya validez defiende. En lugar de defender a la Internacional, los pretendidos ortodoxos quieren que ésta les defienda a ellos, hacen que ella cargue con todo el peso de sus propias responsabilidades y de sus propios errores; la ponen en peligro y la *comprometen* sin vacilar cada vez que se hallan en dificultades. Esto es internacionalismo a la inversa. Este método ciertamente es muy fácil y cómodo, en lo que respecta al éxito inmediato y a la hora de aprovechar las simpatías que se despiertan entre algunos, pero está exento de toda vitalidad, de toda verdadera y generosa solidaridad que pretenda dar y no recibir, aumentar y no consumir la potencia de la organización que se dice defender.

Y así, vemos como no paran de lanzar sobre nosotros a la Internacional, a la revolución rusa, al leninismo y al bolchevismo, y lo suelen hacer precisamente aquellos que no van sino a remolque de este conjunto de fuerzas históricas, por no llamarles directamente parásitos.

UN SISTEMA INCOMPATIBLE CON EL MÉTODO REVOLUCIONARIO

No vamos a criticar “moralmente” este sistema. Indicaremos solamente aquello que nos parece incompatible con el método revolucionario. En efecto, si bien es cierto que existen algunos compañeros y seguidores sólidamente anclados en este método a los que aquel modo de razonar les “corta la respiración” –y les empuja, cada vez que se emplea, un pequeño paso más hacia un futuro escepticismo–, al margen de estos elementos, que ya son de los nuestros, de lo que se trata es de atraer, convencer y movilizar a aquellos para los que nuestros textos y nuestras deliberaciones y tradiciones internas no representan ninguna autoridad, a los que nos miran con recelo, a esos a los que debemos llevar de la desconfianza a la confianza con argumentos y medios positivos. Esta es la tarea fundamental de un partido revolucionario, y más aún la de aquellos que gritan que quieren “conquistar a las masas”. Ahora bien, por la manera con la que los elementos del actual estado-mayor internacional y nacional quieren desembarazarse sin más de nuestras opiniones, bien podemos dudar de su capacidad para difundir fuera del partido el programa y las directrices comunistas. Un movimiento revolucionario debe luchar cotidianamente para que las masas estancadas cambien de opinión, y por este motivo debe, por así decirlo, sacar a la calle sus tesis, para demostrar la verdad a diario.

Sólo un partido conservador puede hacer lo contrario y vivir celosamente de su patrimonio de principios, unos principios además que supuestamente respeta mientras al mismo tiempo se considera exonerado de discutirlos frente a quien sea. Los ejemplos históricos son demasiado evidentes como para citarlos: una feroz autocrítica es lo que siempre ha distinguido a todos los partidos que atraviesan un verdadero período de fecundidad revolucionaria y aumentan su potencia.

Y esto es cierto sobre todo para el marxismo revolucionario, que rechaza toda metafísica y todo apriorismo y basa la verdad de sus principios en la dialéctica de una demostración permanente, a través de la historia y de su propia actividad.

Cuando se presume de *leninismo*, como si éste fuera un sistema al que nosotros por definición nos oponemos, y se pretende despacharnos alegando la infalibilidad de aquel cuyo nombre define este sistema, la contradicción es aún más escandalosa. En realidad lo más chocante del leninismo de algunos es su tendencia a la mutabilidad, a las audaces evoluciones, su facilidad para decir: “siempre podemos dudar de todo aquello que ayer dábamos por cierto”. En este debate somos nosotros los llamados dogmáticos, somos nosotros los custodios –de forma racional y dialéctica– de los puntos estables y fijos del método; y lo que se nos viene respondiendo en cambio desde hace años, alejándose mucho de lo que era la mentalidad de Lenin (aunque sin las garantías que él ofrecía frente a cualquier cambio a peor), es este precepto: nada nos dice que mañana por la mañana no podamos decir o hacer cualquier cosa. Pues bien, precisamente aquellos que se reclaman de Lenin y que le han querido fabricar un sistema póstumo propio son los que pretenden convertir este sistema póstumo en dogma intangible e inmutable. Pero en realidad lo que hacen es continuar con el método de la improvisación y el zigzagueo, y lo que buscan es únicamente ponerse a salvo de toda objeción y crítica, guardándose para ellos el monopolio del derecho a decir que actúan así porque son los fieles seguidores del auténtico pensamiento leninista (bajo cuya bandera quién sabe por dónde nos harán transitar). La rigidez de este “sistema” leninista es un artículo para consumo interno. Lenin empleaba un método distinto para zafarse de quienes polemizaban con él, un método basado en la realidad y no en la autoridad, en la vida real y que no consistía en echar mano a ningún evangelio. El compañero Perrone plantea la cuestión de modo sencillo y claro cuando dice que todo lo que dicen y hacen los dirigentes de la Internacional puede ser materia de discusión, y discutir significa dudar de que lo que se ha dicho o hecho sea

correcto, y ningún grupo, hombre o partido puede quedar al margen de esto. ¿Acaso nos dedicamos a repetir esa santa apología de la libertad de pensamiento y de crítica, de los derechos individuales? Ciertamente no, se trata de establecer el modo fisiológico de funcionar y trabajar en un partido revolucionario, que debe conquistar y no custodiar las pasadas conquistas, invadir el territorio del adversario y no cerrar el suyo con trincheras y cordones sanitarios.

En esa mentalidad que se va abriendo camino entre los elementos dirigentes de nuestro movimiento, empezamos a entrever un verdadero y latente peligro de derrotismo y pesimismo. En lugar de actuar enérgicamente contra todo lo que dificulta la acción comunista en este periodo, en lugar de discutir abiertamente los multiformes peligros y de reconstituir frente a ellos las razones vitales de nuestra doctrina y de nuestro método, algunos prefieren refugiarse en un sistema intangible. Su mayor satisfacción es poder constatar, recurriendo al clásico “se han metido con el profesor” e indagando en supuestas ideas e intenciones íntimas aún no expresadas, que fulano y zutano han violado las reglas de nuestro manual, para luego gritar: están en contra de la Internacional, en contra del leninismo. Un gracioso ejemplo lo tenemos en el modo en que han fabricado un artículo-dialogo que cuenta lo que yo supuestamente habría dicho en una reunión del partido, unas palabras que el autor cita y entrecomilla como mejor le conviene. Pero ahí queda eso; pero es extraño que habiendo llegado ahí, me vuelva a encontrar de nuevo en el punto de partida: ¿cómo se puede estar contra el leninismo y bajar aquí a defenderlo? En cambio, mis interlocutores lo tienen claro: se esconden una vez más bajo las alas del gran Lenin para disimular su propia pequeñez, y todos contentos. Ahora bien: ¿Qué sucedería si este método se generalizase?

Hay que decir que mientras parlotean tanto de estrategia, de maniobrar y de conquistar a las masas, en realidad no tienen fuerza para ampliar nuestra influencia, reducen nuestro objetivo a la conservación de la unidad de los seguidores ya conquistados, y no vacilan en desmembrar el movimiento allí donde surgen iniciativas de discusión y de crítica.

Este es el verdadero, el peor liquidacionismo del partido y de la Internacional, y viene acompañado de todos los característicos y bien conocidos fenómenos de filisteísmo burocrático. El síntoma de esto es el ciego optimismo profesional: todo marcha bien y quien lo dude no es más que un saboteador que debe ser expulsado lo antes posible. Nosotros nos oponemos a esta rutina, precisamente porque, fieles a la causa comunista y a la Internacional, negamos que ésta deba reducirse a consumir vulgarmente su “patrimonio” de capacidad e influencia política.

A todo cuanto hemos dicho se le puede hacer una objeción de carácter organizativo: vale que para discutir con los adversarios o con aquellos que aún no están convencidos de nuestras ideas políticas, pongamos durante la discusión todo nuestro bagaje teórico sobre la mesa para diseccionarlo y despejar todas las dudas, pero si pretendemos hacer lo mismo con todo el trabajo interno de partido, se iría al diablo su solidez organizativa y disciplinaria. Esta objeción carece de consistencia. Ante todo, lo que decimos nosotros no es que siempre y en todas partes haya que hacer discusiones como ésta, precongresual. Es totalmente admisible que en un partido como el nuestro, durante períodos más o menos amplios, se suspenda toda crítica, por no hablar de que la disciplina ejecutiva en la acción siempre es necesaria. Pero si las discusiones son tan frecuentes como lo son hoy en todas las secciones de la Internacional, mucho más frecuentes que en nuestro partido, por cierto, entonces nosotros sostenemos que para que la discusión sea útil y no envenene el ambiente, debe desarrollarse con el criterio que defendemos nosotros. Y en fin, no se puede distinguir de manera tan rígida, y menos aún quienes pretenden ampliar las bases organizativas del partido, entre el trabajo de propaganda dirigido a los compañeros y el dirigido a las masas: es una idiotéz

acostumbrar al compañero, a quien queremos mandar a la fábrica o a otro lugar para convencer a los obreros de otros partidos o sin partido, a liquidar todas las discusiones (que deberían aclararse a través del trabajo político interno de partido) con un “*así lo ha dicho nuestro ejecutivo*” o “*así está escrito en el programa de mi partido*”. Toda propaganda y agitación se frustrarían si nuestros compañeros recibieran semejante educación.

LA BOLCHEVIZACIÓN

Ha despertado un enorme alboroto nuestra postura contra la *bolchevización* y contra las células. Podemos considerar fracasado, tras las precisas respuestas que han dado nuestros compañeros de la Izquierda, el gran intento de atribuirnos esas escandalosas opiniones sobre la cuestión de la naturaleza del partido y la función de los intelectuales. Aunque ya hemos precisado nuestra postura respecto a las células, ésta puede esquematizarse así: El tipo de organización del partido en sí mismo no garantiza su carácter político ni le vacuna contra las posibles degeneraciones oportunistas. Por tanto no es correcto decir que la organización sobre una base territorial es característica del partido socialdemócrata y que la organización sobre una base de fábrica es la propia del partido comunista. La base de las células de fábrica, útil en Rusia durante el período zarista y que no se abandonó después, no creemos que sea adecuada en los países de capitalismo avanzado y con régimen político democrático-burgués (mi viejo estudio, retomado no sé por quien, sobre la correlación de fuerzas sociales y políticas en Italia, aclara por qué para nosotros el fascismo no se distingue esencialmente del régimen democrático burgués). Otra cosa son las células de fábrica de las que hablan las tesis del II Congreso, de las que hablan los documentos de nuestra fracción comunista antes de Livorno, redactados por los ordinovistas y por nosotros conjuntamente y que sólo se mencionaron durante las polémicas contra la táctica sindical de los maximalistas. Esas famosas células que formó todo nuestro partido en el primer período eran altamente eficaces y aún hoy podemos ver su buena labor allí donde existen. Los más modestos militantes de nuestro partido se han dado cuenta del truco que han intentado a propósito nuestros interlocutores.

Nosotros no estamos contra las células, ni siquiera considerándolas como grupos de militantes del Partido en las fábricas con determinadas funciones. Lo que pedimos es que no se suprima la red territorial y que ésta sea considerada la red fundamental para la actividad política del partido, para el encuadramiento organizativo, instrumento de maniobra en los movimientos proletarios junto a los de fábrica, sindicales, corporativos, etc.

Pero vayamos un poco más allá en esto de la bolchevización y precisemos en qué consiste nuestra desconfianza hacia ella. En la medida en que ésta se concreta en la organización de células, sobre la que es omnipotente la red de funcionarios, seleccionados en base al criterio de la obediencia ciega al manual supuestamente leninista; en la medida en que se concreta en un método táctico y un trabajo político que pretende sacar adelante su mandato ejecutivo a través de las disposiciones más inesperadas, así como en un planteamiento histórico de la acción comunista mundial en el que la última palabra siempre la tienen los precedentes del partido ruso siguiendo la interpretación de un grupo privilegiado de compañeros, nosotros consideramos que la bolchevización no alcanzará sus objetivos y debilitará al movimiento, y la juzgamos como una reacción desacertada ante los escasos éxitos que nos han dado todos esos experimentos tácticos, fruto de los métodos predominantes, como una reacción también a nuestras críticas a la Internacional. Aunque se diga que la bolchevización es un remedio audaz, en realidad, sin lograr fortalecernos, nos lleva a

una especie de cristalización y de «inmovilización» del movimiento revolucionario comunista y de sus espontaneas iniciativas y energías. El proceso se ha invertido, la “síntesis” (¡alerta!) precede a sus elementos, la pirámide, en lugar de apoyarse firmemente sobre su base, está al revés, en equilibrio inestable, apoyada sobre su vértice.

El contacto con las masas y el intenso lanzamiento de consignas, que según nos dicen están garantizados con este nuevo sistema, son mera fraseología, acerca de la cual los compañeros de la periferia podrían decir cuatro cosas.

La mayor parte del tiempo el partido gira en torno a su propio eje sin hacer nada en la práctica; desde el punto de vista del funcionario profesional todo esto es un éxito, y con eso basta. Por poner un ejemplo, nosotros no estamos en contra de que se formen comités obreros y campesinos, siempre que estos no sean un bloque de partidos ni pretendan ser Soviets, sino una iniciativa de frente único de la clase obrera partiendo de abajo, sobre la base de los organismos económicos y “naturales” del proletariado. En cambio, estamos en contra de la formación del frente único (que suele venir acompañada de toda una literatura flotando a su alrededor) concebido como una maniobra entre partidos políticos.

Todo cuanto precede podemos decir que se ha tratado de forma muy genérica. Para concretar un poco intentaremos ilustrar realmente hasta dónde llegan nuestros desacuerdos con la Internacional.

Nosotros no estamos en desacuerdo con el programa de la Internacional, entendido éste no sólo en su sentido histórico y teórico, sino también como documento concreto elaborado por Bujarin y aprobado en el V Congreso. De este grueso documento sólo quitaríamos dos o tres renglones sobre la cuestión de las maniobras tácticas contingentes, y únicamente porque esta cuestión ya se trata en otro lugar.

Pero dicen que el cuerpo doctrinal de la Internacional es el *leninismo*, y que nosotros nos desviamos fundamentalmente de este sistema.

La afirmación ordinovista es bastante graciosa. Dicen que el leninismo es toda una *concepción del mundo* y no sólo del proceso de la revolución proletaria. Muy bien: ¿Pero cómo casa esto con la adhesión de los líderes ordinovistas a la filosofía idealista, a una concepción del mundo propia no ya de Marx ni de Lenin, sino de los neohegelianos y de Benedetto Croce? ¿Cómo es posible que los desacuerdos con la Internacional sean algo tan serio sólo cuando se proclaman lealmente, y en cambio se toleren cuando se mantienen encubiertos? A nosotros nos parece que es precisamente de esos desacuerdos conscientemente encubiertos y que no se han liquidado con el famoso *reconocimiento del error*, de donde surge el peligro, donde verdaderamente incubamos el oportunismo de mañana. Lenin ha escrito obras fundamentales contra el pretendido comunismo basado en el idealismo; en boca del propio Zinoviev hemos escuchado recientes excomuniones contra los modernos intentos del mismo género, y se han considerado como seguros indicios de peligro oportunista (según Zinoviev el oportunismo siempre es posible, y cuando llegue, él estará conmigo en la... fracción de Izquierda. Esta es una polémica un poquito más... bolchevique). Pero el ordinovismo continúa impertérrito agarrándose a Croce, construyendo una verdadera (ojo con esto) *escuela napolitana* en materia filosófica, ¡y defendiendo el leninismo como un sistema y una concepción del mundo! Hay decir que uno de los que hoy tanto nos critican se pasó resueltamente al ordinovismo al mismo tiempo que, según dijo, *se acercaba a Croce*. Destino, B. Croce; origen, Andria, la gran capital de... el Valle de Aosta: ¿Puede haber alguien más cualificado para clamar contra el comunismo *a la napolitana*? ¿Nos veremos obligados a convertirnos en enemigos de este comunismo “napolitano” así como Lenin era enemigo del

comunismo “ruso”?

Nuestro movimiento se basa en un sistema teórico que es una completa concepción del mundo: se trata del marxismo, del materialismo histórico, del que Lenin fue uno de sus mejores defensores. No es necesario, y a Lenin le hubiera parecido peor que a nadie, llamarlo leninismo. ¿Qué tiene que ver Lenin con este sistema? Si hubiese sido un revisionista, se comprendería el término “leninismo”, pero resulta que él luchó fieramente contra los revisionistas de diversas escuelas, quitándoles con golpes formidables su derecho a usar el nombre y la tradición marxista. Defendió su ortodoxia con argumentos históricos vivos, junto a una potente exégesis de la obra de los maestros, desglosada hasta sus más mínimos detalles, eviscerando en todos los rincones, en cada línea de los textos, el contenido que confirma la historia precedente de este sistema.

EL LLAMADO LENINISMO

En mi conferencia sobre Lenin (que por otra parte no se ha publicado en Rusia, donde parece que consideran que Lenin no era lo bastante grande como para repasar su obra sin endiosarle) he precisado mi juicio sobre su trabajo. Ante todo se nos muestra como el *restaurador del marxismo* en el campo de la teoría y del programa político, o sea, de la concepción del proceso emancipador del proletariado. Por tanto, aparece como reorganizador del movimiento internacional proletario sobre bases revolucionarias y como grandioso conductor de la primera gran victoria revolucionaria en Rusia, en la que se verificaron completamente las concepciones marxistas por él restauradas.

Luego tenemos al Lenin que completó algunas partes importantísimas del marxismo. Su interpretación de la fase imperialista del capitalismo, su formulación de la cuestión agraria y nacional, aceptadas por nosotros (y precisando más, tal y como están expuestas en el programa de Bujarin, como ya he dicho), es una contribución fundamental al desarrollo del método y del sistema marxista, que él tiende a *ligar a cada paso con las explícitas declaraciones de Marx y de Engels* sobre esa materia, verificadas e integradas en resumidas cuentas por los acontecimientos posteriores. Quien crea que es necesario llamar, no ya marxismo, sino leninismo, por ejemplo a la crítica de la fase más reciente del capitalismo, da a entender que Lenin *modificó* algunas tesis históricas y económicas de Marx, y no puede llamar revisionista a Graziadei cuando éste, partiendo de las características de esta nueva fase, pretende desmentir las teorías económicas fundamentales contenidas en *El Capital*.

Nosotros no creemos pues que sea necesario cambiar el nombre de nuestro sistema doctrinal y político y empezar a llamarlo *leninismo* en lugar de *marxismo*, pero ciertamente no se trata de una cuestión de términos, y una vez aclarado que no hay diferencias entre ambos –y quien decía esto no era otro que el propio Lenin– podemos usarlos indistintamente.

Pero si por “leninismo” entendemos que todo lo que les dé la gana proclamar a aquellos que se dicen los verdaderos y los más leninistas es cierto, entonces sólo nos queda sonreír. Nos reservamos el derecho a considerar y demostrar que muchas opiniones de estos autoproclamados leninistas son como poco anti-leninistas y anti-marxistas.

Si por leninismo entendemos prestar juramento a todas y cada una de las afirmaciones que hizo Lenin en vida, entonces tampoco estamos de acuerdo. En muchos casos no estamos de acuerdo con las citas literales

de Lenin que a algunos les gusta mostrarnos. Esto lo digo únicamente para responder a esa estúpida afirmación de que nosotros, la Izquierda, esperamos a que muriera Lenin para iniciar nuestra ofensiva crítica contra la Internacional. Discutimos y criticamos a Lenin cuando vivía y coleaba, y en efecto, ni siquiera hoy nos convencen muchas de sus respuestas. Pero esto no nos quita el derecho a decir que, a pesar de estos desacuerdos leales, muchas iniciativas y directrices de la Internacional tras su muerte están muy lejos de su pensamiento y de su método, y sobre todo reafirmamos nuestro derecho a negar el apelativo de leninistas a la mayor parte de las elucubraciones de nuestro centrismo ordinovista. Lenin aceptó las tesis del *Ordine Nuovo* de 1920 en la medida en que esencialmente contenían una crítica compartida al maximalismo oportunista, y éstas fueron aprobadas por la sección turinesa, mayoritariamente compuesta de abstencionistas. Fue gracias a nuestros empujones que los ordinovistas comprendieron las tesis leninistas acerca de la necesaria escisión del partido de los reformistas italianos: hasta el Congreso de Bolonia (octubre de 1919) el ordinovismo ensalzaba la unidad en el partido socialista entre “Bordiga y Turati”. Nosotros no nos negábamos a llevar a cabo acciones conjuntas, en las que estábamos dispuestos a sacrificarlo todo, pero los actuales centristas rechazaron en Bolonia (octubre de 1919) nuestra oferta de abandonar nuestro abstencionismo prejudicial a condición de que ellos se planteasen la cuestión de la expulsión del partido de los reformistas. Lenin –aun condenando nuestro abstencionismo– valoró en las tesis de los ordinovistas lo que nosotros les habíamos obligado a aprender y a la sazón ellos repetían, aunque fuera con mucho retraso.

Aclarado que el ordinovismo no es un sistema marxista ni leninista, y que contiene no pocos riesgos de desviación de las líneas directrices del partido, continuemos con la cuestión de los verdaderos desacuerdos entre nosotros y Lenin.

Su posición táctica, aclarada en el libro sobre la enfermedad infantil del comunismo, es substancialmente compartida por nosotros.

Nosotros no nunca hemos sido blanquistas ni putchistas, nunca hemos adoptado actitudes estéticas para resolver los problemas de la acción marxista. Esto queda claramente expuesto en los artículos de 1922. La actitud de nuestra delegación en el III Congreso desentonó en parte gracias a la gran capacidad de improvisación de uno de nuestros actuales centristas, que haría bien en terminar de asumir su responsabilidad. En las tesis de Roma no hay ni rastro de esa “teoría de la ofensiva” sobre la que se polemizó en el III Congreso y a la que Lenin dio buenos palos. Es cierto que yo también he recibido algunos palos por parte de Lenin, pero a mí no me han hecho cambiar.

Nosotros consideramos que el método táctico de Lenin no es del todo exacto, en la medida en que no ofrece garantías contra esa forma de aplicarlo que, aparentando fidelidad, en realidad carece de la profunda finalidad revolucionaria que siempre animó todo cuanto Lenin defendió e hizo. Consideramos que aplicar las experiencias tácticas rusas en unas situaciones que presentan unas dificultades que allí no existían, como son el régimen democrático y el amplio envenenamiento democrático del proletariado, es generalizar demasiado. En la Conferencia sobre Lenin dije que no nos había dejado resuelto y consolidado el problema de la táctica tal y como sí había hecho con la doctrina. Este problema aún está abierto, lo que quiere decir que habrá que pasar por posteriores experiencias y errores. Sin embargo nosotros siempre hemos dicho que la solución táctica de Lenin, tal y como él siempre la entendió, aunque implicaba asumir el riesgo de peligrosas evoluciones, nunca abandonó el terreno de los principios, es decir, nunca contradijo las finalidades revolucionarias últimas del movimiento.

Si acudimos a las fuentes para estudiar atentamente las últimas manifestaciones de Lenin, quizás

llegaríamos a la conclusión de que tendía a ir cerrando poco a poco ese gran portón de la libertad táctica. Varias veces escribió sobre sus errores en el III Congreso, en el que golpeó más a la izquierda que a la derecha, un peligro éste que aún estaba presente para él. La táctica de la Conferencia de las tres Internacionales le disgustó un poco. Me parece que su rechazo a la fusión con el partido maximalista, fusión defendida en el IV Congreso, es un testimonio indiscutible. Pero esto podría parecer mera especulación, así que ahí lo dejo y afirmo que después de Lenin nos hemos desviado de la correcta línea táctica comunista; y esto demuestra que inicialmente existían errores parciales en las propias directrices tácticas que Lenin quiso implementar a escala internacional.

NUESTRO DESACUERDO CON LA I.C.

¿Hasta dónde llega pues nuestro desacuerdo sobre la táctica actual de los dirigentes de la Internacional? En la época de los artículos de principios de 1922 yo afirmaba contundentemente que las discusiones sobre la táctica permanecían dentro de los principios comunistas y marxistas. Luego, en otros puntos concretos, la izquierda tuvo que llevar su crítica más allá, aunque permanecía dentro de los límites de un común objetivo revolucionario.

Alguno que de los que hoy afirman que nos salíamos de dichos límites estaba conmigo en aquel entonces, y fue más áspero que yo a la hora de mostrar su pesimismo en el futuro que se avecinaba. No quiero hacer de esto una cuestión personal ni divertirme confundiendo a algunos interlocutores. Voy más allá; es cierto que cuando nos hallamos ante la fórmula del gobierno obrero afirmamos claramente que no se trataba ya sólo de una solución táctica inoportuna y poco efectiva, sino de una verdadera y real contradicción con nuestro cuerpo doctrinal, marxista o leninista; y concretamente con la concepción del proceso de liberación del proletariado, en el que se introducía ahora la ilusoria posibilidad hallar soluciones, aunque sólo fuese en parte, pacíficas y democráticas. Nos respondieron que estábamos equivocados, que no se trataba de distintas posibilidades históricas, o de distintas soluciones políticas al problema fundamental del Estado, del poder, sino tan sólo de una consigna de *agitación*, el famoso *sinónimo* de la dictadura del proletariado. Luego vinieron las bien conocidas desventuras alemanas de la táctica del gobierno obrero y del frente único político, que revelaron que aquellos que las aplicaban –tanto en Berlín como en Moscú– pretendían modificar ilusoriamente los términos del problema central revolucionario a través de una colaboración con la izquierda socialdemócrata, y demostraron que es peligroso dar pábulo a ciertas fórmulas aunque éstas se presenten disfrazadas de inocente reivindicaciones con fines propagandísticos. La cuestión era y siguió siendo grave, dadas las formulaciones del IV y V Congreso. Los acontecimientos posteriores han confirmado la legitimidad de nuestra postura en este punto, que no es accesorio, sino fundamental. La manera como se ha resuelto la cuestión alemana es completamente insatisfactoria. Esta es una afirmación sumaria, pero creo que es importante precisar de nuevo cuál es la extensión y los límites del desacuerdo. Hoy nos encontramos en presencia de una *nueva táctica*. El último Ejecutivo Ampliado ha proporcionado un nuevo análisis de la situación. Es innegable que ésta se presenta menos favorable que en los años pasados, pero el diagnóstico de la *estabilización*, aunque sólo sea relativa (esta falta de precisión la volvemos a encontrar en otras cien formulaciones), es preocupante, sobre todo porque procede de aquellos elementos que atribuyen al examen de las situaciones, tal y como entendemos nosotros y tal y como se desprende de sus propias afirmaciones, un valor decisivo a la hora de fijar la línea táctica.

LA “NUEVA TÁCTICA”

La *nueva táctica* se presenta como un repliegue, al decir: dado que ya no se plantea de manera inmediata la cuestión de la conquista del poder, aunque esto no altere los puntos cardinales de nuestro programa político, debemos enfocar nuestra actividad hacia unos resultados más modestos, y estos consisten en que deben predominar los regímenes de *izquierda* en los distintos países. Reaparece bajo nuevas formas la viejísima tesis de que un régimen con libertad política es condición indispensable para el ulterior avance de la clase obrera. Esta tesis es objetivamente falsa al menos en tres cuartas partes, y la parte que es cierta es tremendamente peligrosa. En ciertas situaciones, la lucha del proletariado puede verse favorecida por la existencia de un gobierno democrático –en otras puede ocurrir lo contrario–, pero hay otra condición siempre necesaria para el éxito de la lucha revolucionaria: la independencia y la autonomía de la política del partido proletario de clase.

Este problema se ha planteado como de costumbre –esto va ligado a nuestra crítica al *modo de trabajar* de los órganos de la Internacional, sobre todo en lo que se refiere a la preparación y la resolución de las cuestiones que se someten al debate internacional–, es decir, de manera casi improvisada y sin la adecuada preparación.

Nosotros estamos alarmados ante este modo de proceder, ante los nuevos escenarios que se presentan como nuevas perspectivas y que si se examinan detenidamente se deberían rechazar, mientras en cambio terminan imponiéndose gracias a semejante sistema, a través de un falso enfoque. No identificamos este proceso con el del oportunismo de los viejos partidos socialdemócratas, como algunos pretenden, pero afirmamos que existe un parentesco, aunque sea lejano, lo cual debe servirnos de aviso para cambiar seriamente de vía. Pocas semanas después del complejo debate del III Congreso, se lanzó la consigna del *frente único*, que no se mencionaba en las deliberaciones de aquél. La del “gobierno obrero” apareció sólo después de las decisiones del Ejecutivo Ampliado de febrero de 1922; desapareció o se atenuó en parte con las decisiones del IV Congreso, para más tarde convertirse en la base sobre la que se levantó la táctica del partido en Alemania. Solo al final del V Congreso, y con muchas dificultades, trascendió algo de ese otro grave paso que implica la propuesta de unidad con Amsterdam. La nueva táctica, como de costumbre, se presenta como un hecho consumado, antes de haber pasado el examen de cualquier órgano internacional. Pero nosotros siempre hemos dicho que en materia de táctica las decisiones deben ser taxativas,... y preventivas, no póstumas.

LOS “FRENTE”

Por ejemplo, provoca gran estupor ver cómo se justifica la propuesta del anti-parlamento, hecha por nuestro partido en el Aventino. Esta propuesta de descarado sabor democrático, cavallotiano, savonaroliano e incluso peor, para nosotros no tiene derecho de ciudadanía en el campo del comunismo, no sólo viola las normas tácticas, sino nuestros propios principios. Y cuando nos ponemos a demostrar que en nuestras tesis tácticas apenas sí se tolera excepcionalmente el frente único “desde arriba”, o sea con el típico método de hacer propuestas a los dirigentes de otros partidos, incluso a los llamados partidos obreros, siendo ya inaudito dar pasos de ese tipo con los partidos oficialmente defensores del orden burgués, ¿sabéis lo que nos responden? Vuestro error, ¡oh, izquierdistas!, es considerar la propuesta de anti-parlamento como una aplicación de la táctica del frente único. ¡Es un malentendido! ¿Y entonces qué clase de táctica es ésta? Una

táctica no prevista por ninguna resolución, por ningún Congreso, sino improvisada de golpe. Y de forma similar se improvisan unas tesis que nunca fueron discutidas ni votadas; ¿para qué se van a discutir, si es evidente, incluso para los que ignoran nuestras posiciones de principio, que el deber del partido comunista es maniobrar para que no salga elegido Hindenburg, o para que no gane las elecciones Poincaré? No afirmamos que ambas situaciones, ambos procesos, den lo mismo, pero negamos este problema pueda resolverse mediante semejante relajamiento en los métodos de acción; así como negamos que la actividad del partido comunista pueda dedicarse a perseguir cualquier objetivo contingente y que se pueda emplear cualquier medio con tal de que las tesis comunistas acerca de la dictadura del proletariado y la insurrección se reconozcan de manera meramente abstracta y teórica; también el oportunismo triunfó empleando unos métodos perniciosos a la vez que aseguraba que no se trataba más que de operaciones contingentes y transitorias que no excluían el objetivo de alcanzar el socialismo y el triunfo de la revolución. No se trata de sospechar que el partido es presa del revisionismo y de los dirigentes del movimiento, sino de establecer de común acuerdo unas garantías para que nuestra acción no resbale por la pendiente de unos viejos y tremendos errores. Nosotros nos preguntamos qué es lo que garantiza que una táctica tan parecida a la posibilista en su aspecto y en muchos de sus argumentos, pueda encauzarse hacia una dirección y un desarrollo diametralmente opuestos. Como estas garantías ni las vemos en la práctica ni creemos que puedan ni siquiera existir, pedimos expresamente que se abandonen estas maniobras y acciones tácticas, que no pueden sino llevar al proletariado por una vía distinta a la de los fines comunistas.

Sumariamente establecidos y delineados así nuestros desacuerdos, nulos en lo referente a la doctrina y el programa de la Internacional, de Marx y de Lenin; desacuerdos que se limitan a los métodos tácticos defendidos por Lenin; desacuerdos graves en lo que respecta a la degeneración a la que parece prestarse hoy la táctica adoptada por los dirigentes de la Internacional, lo cual no es marxista ni leninista; esperamos que nuestros argumentos no se acojan con el acostumbrado griterío de “los que acusan a la Internacional Comunista de oportunismo merecen la cruz”, esperamos que nos demuestren seriamente qué garantías hay de que estos experimentos de maniobras estratégicas, como por ejemplo la del gobierno obrero, no nos conduzcan al oportunismo. Para nosotros no existen. Es necesario condenar y abandonar tales métodos. Donde la situación no permite luchar por el poder, las tareas políticas y la actividad del partido comunista no por ello se limitan a las de una escuela de propaganda. La actitud que adopte públicamente el partido en el desarrollo de la lucha, también en esta fase de retirada, influirá posteriormente en su éxito o su fracaso durante el futuro período de reanudación, y tendrá sus consecuencias de cara a la superación de las complejas resistencias contrarrevolucionarias. La situación italiana es un brillante ejemplo de las posibilidades que ofrecen estos periodos: ante un poder invencible podía haberse hecho mucho, pero se ha hecho muy poco.

Amadeo Bordiga.